

EL SENTIDO DE LA INFORMACION

Por

ALFREDO HUGO DE MARIA

Canalizada por la percepción, la información constituye el mensaje que nos procura ciertas precisiones con respecto a un acontecimiento determinado. He aquí una definición científica de la información. En ella se habla de precisiones respecto de un acontecimiento, lo cual implica el planteo de un interrogante previo o de varios a la vez. ¿Qué persistencia tienen estos interrogantes durante la vida del hombre? ¿Cuáles son los motivos que los acrecientan o disminuyen hasta empalidecer y algunas veces borrarse totalmente de su conciencia?

Es durante la infancia que el ser humano se plantea con más frecuencia estos interrogantes, aunque sea en forma intuitiva. En ese estadio del desarrollo físico y mental el individuo empieza a renovar su escala de valores supeditado, claro está, a las normas educativas del contexto familiar, social y escolar. De tal manera vive esta dependencia durante las etapas más decisivas del desarrollo, que ya en la madurez se lo considera casi inhibido para adoptar otras pautas culturales que no sean las configuradas por esos tres contextos tradicionales.

Hoy se conocen perfectamente las distorsiones producidas en esos tres niveles, ya sea por deficiencias normativas de la vida familiar, ya por las intrincadas redes de prejuicios y falsos valores sociales que el individuo debe sortear, o por la

intransigencia de programas educativos no condicionados al cambio que imponen los nuevos tiempos. De allí la importancia que se asigna en la moderna pedagogía a los materiales de formación "que nos llevan a distinguir los bienes de la cultura, que son los contenidos objetivos, y los bienes de formación, que es la parte de esos contenidos que se utiliza como alimento para el proceso de desarrollo del ser que nos es dado naturalmente, de un lado, y de otro, fundamentalmente, el proceso formativo del ser que debemos ser. Y ese *debe ser* es tarea de la cultura y sus valores educativos, y esfuerzo del propio individuo que conscientemente procura de ese modo el ensanchamiento y la elevación de su personalidad".

Tenemos que ver que, tanto las dificultades encontradas en el ambiente familiar, como su lucha permanente por adaptarse a las normas que le impone la convivencia social, las cuales se muestran casi siempre saturadas de conformismo, terminan por agotar en el individuo ese esfuerzo propio al cual se pretende recurrir como panacea de sus deficiencias espirituales. Es por eso que la cualidad de aquella interrogación sobre cualquier acontecimiento, es la que suele ponerse en tela de juicio, toda vez que se habla de cultura popular.

Por otra parte, el hombre masa se encuentra a merced de los medios por los cuales se puede *crear* la opinión pública y su *sentimiento*, mediante formas que apoyadas en la psicología han alcanzado sutilezas insospechadas. En consecuencia, se sostiene que no son las masas las que canalizan permanentemente el valor de las informaciones, sino los grupos minoritarios surgidas de ellas como élites rectoras en el campo de las ciencias, las artes y la cultura.

No vamos a entrar en planteo más amplio sobre este punto. Ello no significa restarle importancia al problema, sino que contando con pruebas suficientes sobre el acondicionamiento de las masas por los métodos y objetivos implícitos en los medios de comunicación masiva, también damos por verificable

que éstos conforman buena parte de la información suministrada en el tiempo libre.

Con respecto a las sociedades democráticas, el entretenimiento o la distracción, considerados popularmente como una "desintoxicación" necesaria para las tensiones provocadas por nuestra era técnico-industrial, simboliza con harta frecuencia el tiempo mayormente ocupado por el hombre, no sólo en sus horas de ocio, sino en los entreactos de su cotidiana labor, donde también penetran los efectos del acondicionamiento, neutralizando sus facultades de interrogación. Los medios como la radio, la televisión y el cine se encargan de proporcionar el pretexto. Un pretexto que se solaza con el aburrimiento y los estereotipos, disminuyendo sus posibilidades imaginativas y creadoras. En tal sentido, tampoco es imputable a las masas su actitud pasiva frente a los desvíos de la educación y la cultura, ya que la calidad unidireccional de los mensajes emitidos, sin posibilidades de respuesta, actúa como elemento de frustración y de freno en el proceso de aprendizaje de una comunicación satisfactoria.

Esta síntesis de una realidad, producto de comparaciones aparentemente odiosas, no tiene otro fin que el de medir las posibilidades que están al alcance de los grupos humanos, para llegar a cierto equilibrio con las élites en el consumo de información destinada a su integración cultural en el mundo moderno. No se quiera ver con tal pretensión, el deseo de terminar con el entretenimiento puro y con la alegría y el placer que la distracción trae aparejada. Es sólo que no vemos los motivos para que no se ponga el conocimiento y la técnica al servicio de ambos intereses, precisamente ahora que valoramos los peligros que encierran las sociedades altamente tecnificadas, donde sus miembros muestran estamentos de creadores, pero en afligente mayoría también, meros usufructuarios de una cultura pensada por otros para esclerosos culturales.

Este no es el papel que le corresponde a las comunidades. Y salvo que alguien admita la inmediata posibilidad de un

imperio del "racismo de la inteligencia", lo cual nos parece otra aberración, la aceleración en la adecuación de las estructuras sociales a las necesidades culturales de un país en vías de desarrollo mediante una profunda información de los asuntos que realmente pueden provocar el cambio de las comunidades, se impone como norma fundamental del buen funcionamiento de todo gobierno.

Una democracia es tanto más sólida cuanto mayor volumen de información de calidad puede soportar, ha dicho con razón Louis Armand.

Al servicio de tan grande posibilidad, cual es la comunicación masiva, adscribiremos solamente una observación que se refiere al acentuado prejuicio de creer que las noticias impresas, radiofónicas o televisivas proporcionan todo el caudal informativo que se necesita. Hay una tácita separación semántica entre noticia e información que cualquiera puede consultar en el diccionario. Por eso, si bien es cierto las noticias nos aportan conocimientos de hechos recientes, sólo su procesamiento analógico en la percepción que del mundo y de hechos anteriores tenga cada individuo, le permitirá capitalizarla en su haber informativo. Para esto se requiere aprendizaje y destreza. Y mucha más que el esfuerzo circunstancial que reclaman algunos educadores de viejo cuño porque se ha perdido, en forma alarmante, lo que Pavese llamaba la "eternidad de los símbolos", posibilidad de aprehensión que va desde el campesino hasta el más encumbrado intelectual.

Nos preguntamos ahora: ¿es, pues, criticable el progreso de la ciencia y de la técnica que hizo posible la transmisión de tan grande caudal informativo?

Todavía existen personas que rememoran la tranquila vivencia de una época en la que el conocimiento universal no se veía compulsado por la pluralidad de materias y especialidades. Época en la que quien quería podía dedicarse a una sola actividad sin perder su actualización en el mundo y en el que su poderosa estructura del *yo* no requería otro apoyo.

moral y afectivo que el de su propia familia. Lo que esas personas no comprenden, quizás, es que la adaptación de las estructuras sociales y con ellas la organización del trabajo, la distribución de bienes y la ocupación del tiempo libre, deben girar en torno a una realidad cambiante. Es por eso que no se han detenido a pensar que todavía a mitad de este siglo y aún en el apogeo del proceso industrial, la tranquilidad y el bienestar de unos pocos dependía de la esclavitud de millones de seres humanos. Pero en esta otra realidad, la de la era tecnológica importa, quiérase o no, la necesidad de más riqueza para distribuir, de mayores comodidades para disfrutar y de más tiempo libre para gozar de todos esos beneficios. Ya nadie puede detener estas apetencias de las sociedades, porque nadie puede detener el avance científico y técnico que las posibilitan. ¿Cómo cerrar los ojos, entonces, al desarrollo científico y técnico? Está en todos lados, lo quieran o no algunos partidarios del *statu quo*. Pero también está claro que se ha puesto en demasiada evidencia la falla del Iluminismo que, al decir de Dewey "afirmaba que el progreso de la ciencia produciría las instituciones libres disipando la ignorancia y la superstición, fuentes de la servidumbre humana y pilares de los gobiernos opresores". En efecto; la aplicación técnica requiere la concentración de capitales, originando el monopolio. No escapan a esta enervada los medios de comunicación masiva, reemplazantes de los factores personales de sociedades anteriores y que, como la prensa, radio, cine y televisión, deberían enriquecer la información y la formación en todos los niveles. Lo lamentable es que quienes poseen los medios de información, la mayoría de las veces no son los que tienen algo que comunicar, sino quienes los han podido adquirir. De tal manera, el uso diario de la tecnología, más o menos racional en todas las clases sociales, llega a ser más o menos consciente sólo por obra de la formación de cada individuo y no de la *noticia-propaganda* a la que quieren conducirnos los que secularizaron el mito del dinero.

Es un hecho que la formación de los individuos genera la reorganización de las estructuras socio económicas y éstas, a su vez, los elementos cualitativos de la nueva información. La noticia-propaganda, en cambio, provoca confusión y finalmente la enajenación de las masas. No por esto la ciencia y la técnica pueden ver discutible su sentido. En el más extremo excepticismo, la obsesiva responsabilidad de un hombre entregado a ella con apasionamiento, pudo hacerle rechazar la actitud de sus pares que exceptúan la responsabilidad moral de sus trabajos científicos. Pero por sobre todo, Oppnheimer, que de él se trata, tenía fe en la comunicación humana y en la estrecha colaboración de todas las sociedades del mundo que deberían, finalmente, aceptarla como norma definitiva para la supervivencia.

Saber más para compartir más, parece ser la única alternativa que podría salvar a la humanidad. Para ello no hace falta, por supuesto, endiosar a la ciencia. Sólo se requiere acondicionarla, junto con la técnica, a estructuras socio-económicas-culturales flexibles, que permita a los hombres cultivarlas con sentido de lo nacional pero sin perder las perspectivas de una visión universal de sus implicancias. Como ha dicho Armand, hoy día la invención de un instrumento enriquece menos a una nación que una organización que le permita el buen empleo de ese instrumento.

En este punto del buen uso de los instrumentos puestos al alcance del hombre es donde, seguramente, nunca será suficiente enfatizar concurrencias para alertar a las generaciones por venir, sobre los peligros que entraña el anquilosamiento cultural, en cualquier parte del mundo. Por otra parte, vivir en el mundo sin querer ver el mal uso que de los instrumentos hacen los hombres, significa haber perdido la gran posibilidad de análisis y de crítica. Pero frente a la posibilidad de saber más para compartir más, ¿qué facultad de análisis y de crítica le cabe a las masas?

Esta posibilidad no es un ejercicio de circunstancias, que nace con el hombre como un don sobrenatural. Debe ser ejercitada mediante la información, utilizando todas las técnicas posibles, teniendo bien claro que el individuo podrá aprehender esa información mediante la toma de conciencia de que, además de sus necesidades inmediatas existen otras mediatas a las cuales debe tener en cuenta. De ahí la urgencia del aprendizaje para la comunicación.

Todos los individuos deben aprender partiendo de cero. Este aprendizaje comienza en la familia, continúa en la escuela, en la universidad y se prolonga a través de toda la vida en su relación con la sociedad en que actúa. Nos diferenciamos de los animales, precisamente en que si bien nuestro comportamiento al nacer, no es tan innato, nuestra capacidad de aprender es infinitamente mayor. Pero es aquí cuando tenemos que pensar que la herencia cultural no penetra en el individuo a través de los genes que lo conforman en otros aspectos físicos, sino que está condicionado por la oportunidad de recibir información y aprendizaje. Ya lo dijo Comenio en el siglo XVII: "...La naturaleza humana es toda actividad y por ello capaz de fundirse en cualquier dirección. Es apta, pues, a ser cultivada. Eso es evidente porque forma parte de la naturaleza en general que no sabe estar inactiva, lo cual se demuestra por medio de la inducción de todas las actividades naturales. El agua fluye desde la vertiente hacia donde se le facilita el desagüe. Si no se da este desagüe ella lo encuentra por sí misma y causa inundaciones...".

Sin embargo, es esa misma posibilidad de "inundación de todas las actividades naturales" la que también nos diferencia de las máquinas, a quienes algunos gustan imputar designios maléficos, cuando en realidad es el hombre el que siempre estará aportándole todas las informaciones para que pueda actuar en su nombre. De allí que el hombre —como dice Duroc— encarne al ser que logró conquistar la información, aporte fundamental de las comunicaciones para una cultura

integral. De este modo vemos que el aprendizaje para el buen uso de la información está directamente inserto en el proceso educativo, y que la educación es el camino del individuo para su positiva actuación en cualquier medio social. Sólo que no puede haber correcta educación allí donde se imparten técnicas informativas que no desarrollan la capacidad para confrontar opiniones y auscultar la realidad. Sin esa posibilidad es evidente que jamás podrá haber auténtica comunicación. "Si se quiere mejorar la comunicación en una sociedad que, como la democrática, reclama fundamentalmente la efectiva participación de cada uno en los intereses comunes y que todos sientan lo común como cosa de todos, las actividades anteriormente nombradas exigen el desarrollo de una habilidad especial y propia en cada caso. "En las corrientes actuales del pensamiento y la experiencia, tanto en psicología social como en educación en general, se parte de esta premisa, que es esencial para una sociedad de masas, cualitativamente diferente en lo que se refiere a la comunicación: las habilidades para comunicarse pueden adquirirse, desarrollarse y mejorarse. La escuela debe enseñar a vivir en sociedad, ofreciendo las técnicas concretas que permitan comunicarse mejor. Esto es aún más exigible en una sociedad de múltiple comunicación, en la que el factor personal —existente en las sociedades anteriores— ha sido reemplazado por elementos mecánicos (periodismo, radio, televisión, etc.), peligrosos cuando la intención comunicadora se propone objetivos contrapuestos a la vida de la comunidad", ha dicho Juan Mantovani.

Todo esto es lo que nos hace responsables del buen uso de la información, para nosotros y para el resto de las personas con quienes interactuamos, consciente o inconscientemente. Esta responsabilidad, en consecuencia, no sólo recae en los educadores, en los líderes culturales y en las empresas que se crean para proporcionar información y educación, sino en los que la transmiten por todos los medios de comunicación masiva y en la que cada individuo, por su relación social y al cabo de

cierto aprendizaje se coloca en posición, a su vez, de transmitirla. Es aquí donde deben desaparecer los tabúes de la información, para que el hombre pueda actuar en un mundo más auténtico, librando su batalla contra el azar y la casualidad que tanto preocupaba a Wiener, y creando, al mismo tiempo, los sistemas y las organizaciones aptas para culminar su dominio de todos los problemas que se oponen al cambio cultural de las comunidades menos favorecidas por el desarrollo.

